

Laia Balcells Ventura

Rivalidad y venganza

La política de la violencia
en las guerras civiles

Als meus avis

Prólogo

Cuando éramos pequeños, mis hermanos y yo solíamos pasar algunas semanas de verano con nuestros abuelos en un pueblo de la Costa Brava. Un verano, el tío de mi abuela paterna, el Tío Manolo, vino de Santander a pasar unos días a la playa con nosotros. El Tío era un señor soltero de unos setenta y pico años, muy enérgico, dicharachero e ingenioso. Podía pasar horas hablando, contando la historia de su vida, que estuvo profundamente marcada por la guerra civil y la dictadura franquista.

El Tío Manolo fue reclutado por el ejército republicano cuando tenía diecisiete años; fue parte de la llamada «quinta del biberón». Sobrevivió al campo de batalla, pero perdió a su hermano Ernesto (nuestro bisabuelo), comandante del ejército republicano, un 17 de agosto de 1937, en plena batalla de Santander. Al finalizar la guerra, los franquistas detuvieron al Tío Manolo, que estuvo en varios campos de prisioneros al menos siete años. Solía decirnos que estaba vivo por pura casualidad porque, a pesar de haber estado condenado a muerte varias veces, por alguna razón desconocida, los guardias de la prisión nunca lo llamaron para la ejecución. Cuando fue puesto en libertad, tenía casi treinta años y en su vida adulta había conocido poco más que cárcel, violencia, tortura y hambre. Era un verdadero superviviente y un paradigma de resiliencia; no es de extrañar que sintiéramos cierta fascinación por él.

La historia del Tío Manolo y su hermano fue la de unos combatientes que lucharon por la República y en contra del fascismo, y perdieron. Siempre que le he preguntado a mi abuela por los restos

de su padre me ha dicho que se encuentran en el Puerto del Escudo. Pero en este lugar en la frontera entre Burgos y Cantabria, a día de hoy, solamente hay un cementerio para los soldados italianos muertos en combate, y un monumento al General Sagardía, un franquista que recibió el apodo de «el carnicero del Pallars» por la masacre que perpetró en esta comarca catalana. Es decir, no solamente siguen en pie mausoleos fascistas, sino que no hay ningún cementerio ni monumento a los soldados republicanos que, como mi bisabuelo, perdieron la vida defendiendo la República. Este hecho dice mucho sobre las carencias de la Justicia Transicional y los fallos de la política de Memoria Histórica en España.

Además de las historias de nuestro tío, nuestra abuela a menudo nos hablaba de su abuelo materno, que la adoptó cuando el golpe la separó de sus padres y hermanas en el verano de 1936. El Abuelo era un terrateniente catalanista, miembro de la Lliga, diputado y amigo de Cambó. Era, por lo tanto, conservador, y durante un tiempo tuvo que esconderse en los bosques de los Pirineos, amenazado por milicianos anarquistas que pretendían matarlo. A pesar de que había sido desterrado por catalanista durante la dictadura de Primo de Rivera, el Abuelo fue alcalde de su pueblo después de la guerra civil, mostrando entonces oportunas simpatías por la Falange. Trató de ayudar al Tío Manolo cuando este llegó a su pueblo al final de la guerra, huyendo de los franquistas. No pudo evitar su detención, aunque creemos —o mejor dicho, especulamos— que, de algún modo, intervino en su favor y que fue así como el Tío evadió su ejecución. Y es que, dentro del aparente caos y arbitrariedad de la represión franquista, había cierta capacidad de agencia de las élites políticas locales, especialmente de alcaldes y gente «significada» como el Abuelo.

A pesar de que empezó luchando en el bando republicano, durante la guerra, el Tío Manolo se pasó un tiempo al bando nacional, con el objetivo de tratar de salvar su vida. Hacia el final de la guerra, decidió volver al bando republicano, aunque entonces ya estaba claro que los leales iban a perder. Cuando el Abuelo le preguntó por qué había tomado tal decisión, el Tío Manolo respondió que los nacionales sabían que él no era uno de los suyos. Al parecer, dentro de las filas franquistas lo llamaban «el rojo». Es decir, el tío Manolo te-

nía una fuerte identidad de izquierdas, que era de algún modo visible. Pudo esconder su ideología durante una época, pero esta falsificación no fue sostenible por mucho tiempo. Seguramente influido por la muerte de su hermano, su compromiso final fue con el ejército republicano, a pesar de que esto conllevó un coste altísimo.

Más allá de lo anecdótico, la historia de mis antepasados conecta bien con diferentes temas que se desarrollan en este libro: el papel de las élites políticas locales y la capacidad de agencia de los civiles no armados en la perpetración de la violencia; la importancia de la movilización política y las identidades políticas en un contexto de guerra civil; el papel de las emociones para explicar el comportamiento de los humanos en tiempos de guerra. Supongo que la historia de mi familia me hizo darme cuenta, desde una edad temprana, de que las guerras civiles son fenómenos profundamente complejos, y esto estimuló mi interés y pasión por el estudio de las guerras civiles a nivel «micro». Es en el nivel micro, al fin y al cabo, donde tienen lugar las diferentes historias de vida, donde existen las zonas grises y las contradicciones, así como las facetas más humanas e inhumanas de los conflictos.

Escribir un libro que tiene un gran componente empírico sobre la guerra civil española no ha sido fácil porque es la guerra que vivieron mis abuelos y bisabuelos, y un conflicto que ha marcado profundamente la sociedad española contemporánea, así como su política. Es complicado analizar un conflicto emocionalmente tan próximo con lentes analíticas. Creo, en todo caso, que he conseguido hacer un análisis riguroso sobre el conflicto, y que he podido elucidar algunas regularidades que no se habían enfatizado suficiente en la literatura existente sobre guerras civiles ni en la historiografía sobre la guerra civil. Por ejemplo, el argumento de que la violencia en filas republicanas fue totalmente caótica no se sostiene con los hallazgos empíricos aquí presentados. Aun así, la violencia de izquierdas fue significativamente menor que la de derechas, que no tuvo ningún freno moral ni ideológico. Es por ello que, como han documentado los historiadores, la violencia contra civiles del bando Nacional superó con creces la que se perpetró desde el bando Republicano. Además, tácticas tan inhumanas como bombardear plazas civiles se llevaron a cabo principalmente desde el bando Nacional. A pesar de

que el libro hable de dos bandos y establezca una cierta simetría teórica entre los mismos, los bandos en España no fueron simétricos ni en el tipo de ideología que los motivaba a luchar ni en el poder armado que tuvieron. La alianza del bando nacional con el fascismo italiano y alemán, además, contribuyó a algunas de las peores masacres que se han vivido en la historia europea contemporánea. Este libro pretende hacer una nueva contribución, más analítica que historiográfica, a la guerra civil española, pero esto no debe ser interpretado como «revisiónismo». La politización de los argumentos aquí presentados no haría más que pervertirlos. Dejo esto escrito en este prólogo porque me preocupa especialmente la manipulación de la historia que se está haciendo desde la extrema derecha en España, que por añadidura es incapaz de reconocer los crímenes del franquismo ni la ilegitimidad del golpe de estado franquista, del cual ellos son herederos.

Como politóloga comparada, espero que este libro sea leído como una contribución al estudio de la violencia en guerras civiles, más allá de España. Sin embargo, espero que, a la vez, ayude a aclarar algunas de las dinámicas que tuvieron lugar en España durante el terrible conflicto que fue la guerra civil. Este no es el tipo de libro que imaginé escribir cuando era una niña y le prometí al Tío Manolo escribir sobre su vida, pero espero que sirva de homenaje a todos los que, como él, vivieron esta contienda y sufrieron sus nefastas consecuencias.